



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

ES PROPIEDAD

F128
- 3
R6

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRÓLOGO

Entre las fuentes á que en consulta acudí para la preparación de este volumen figuran, muy especialmente, la *Historia de la Ciudad de New-York*, de Mr. Martha J. Lambs; las demás historias de la ciudad de Miss Booth y de MM. Lossing, Todd y Valentin; los documentos Brodhead y O'Callaghan; la *Historia política de New-York*, de Hammond; las *Constituciones de New-York*, de Dougherty; el *Estríbo de Satán y Miles Walingford*, de Cooper; el *Diario de Felipe Howe*, de Tuckerman; las *Actualidades*, de Barton; el *Capítulo de Erié*, de Adams; la *Historia de la Iglesia católica en los Estados Unidos*, de Shea y de Courcey, y la admirable *Biografía de Cooper*, hecha por Lounsbury, la mejor obra, sin duda, de biografía americana que se ha escrito. Debo y quiero aquí expresarle particular gratitud á Mr. Brander Matthews, porque á sus instancias emprendí este trabajo. Las limitaciones, que por particulares motivos se me imponen, me han impedido utilizar una cantidad considerable de materiales manuscritos, que me eran accesibles. Tentábame, muy singularmente, ensayar un estudio más profundo de los acontecimientos que durante los últimos cuarenta años tuvieron lugar, es decir, la historia moderna y contemporánea de New-York, que es la parte

más interesante de nuestra historia, á menos que se haga una excepción en favor del período federalista, pero consideré que un estudio de este género estaba fuera de lugar en un libro como el presente.

Más que reunir hechos nuevos, lo que me he propuesto es extraer de la inmensa provisión de los ya analizados, aquellos que tengan una importancia real para la historia de New-York, aclarar su verdadero significado y sus mutuas relaciones, esquematizar la vida social, comercial y política de la ciudad en las diferentes épocas, con sus profundas transformaciones y contrastes é investigar las causas que poco á poco han hecho de una aldea de comerciantes holandeses, una enorme ciudad americana. Asimismo, me he esforzado en desenvolver claramente el encadenamiento lógico y la continuidad de los acontecimientos, en trazar las fases por que atraviesa la ciudad para llegar á la libertad de la vida política y en destacar como conviene las revoluciones netamente periódicas que pueden contrastarse en la composición étnica de nuestra población mezclada, población que originariamente está compuesta por elementos de razas diversas, y que ha debido siempre su acrecimiento maravilloso más á las inmigraciones que á una natural evolución.

Debía limitarme á indicar sencillamente los problemas sociales y políticos de nuestros días; mas exponerlos con algunos detalles me hubiese conducido á escribir un tratado en lugar de una historia. No deseo ocultar ni excusar nuestros defectos. Según mi parecer, el mejor americano es aquel que con mayor energía trabaja en corregir las imperfecciones americanas y en exaltar la sabiduría y experiencia de las demás naciones, muy particularmente de las que á nosotros están ligadas por vínculos de sangre, de

creencias, de idioma, de leyes, de las que en los comienzos de la historia y de la tradición más cerca están de nosotros.

No obstante, yo soy hombre tan distanciado del optimismo arrogante y fanfarrón como del pesimismo sin justificaciones. Es necesario tener en cuenta nuestras virtudes y nuestros defectos. Hay, por ejemplo, grandes ciudades europeas que tienen un régimen municipal superior al nuestro, y en estas mismas ciudades, la condición de la población, tomada en masa, es muy inferior á la de New-York. Nuestra superioridad, marcando un cierto punto de vista, no sería parte á excusar, ni siquiera á paliar, el lamentable decaimiento en otro respecto; pero debe, al menos, ser aceptada como punto de partida. Hemos sido favorecidos por particulares ventajas y hemos tenido que luchar también con desventajas no menos particulares; es preciso, pues, examinar las unas y las otras.

Dirigiéndome á mis compatriotas, insistiría repetidamente sobre un punto de vista esencial, á saber: la necesidad de poseer un americanismo amplio, radical, intenso, si se pretende hacer el bien, en cualquier dirección que sea. Por cima de toda otra cosa, la condición esencial del éxito en todo movimiento político que busque un bien durable, es la de que nuestros conciudadanos vivan en americano, en americano sin epíteto ni distinción, no en americano irlandés, ni en americano alemán, ni en americano aborigen, sino en americano pura y simplemente.

Es una deslealtad introducir en nuestras discusiones la política extranjera y votar como un irlandés, un alemán ó como otro extranjero cualquiera podría hacerlo. No hay peor ciudadano que el dinamitero pro-

fesional irlandés ó el anarquista alemán, á causa de la actitud que en nuestra vida social y política toma, sin hablar de los esfuerzos que hace para atraernos complicaciones con las demás potencias extranjeras. Pero no es menos desleal estar distanciado de aquel que ha venido á ser americano sinceramente por razón de su creencia ó del lugar de su nacimiento. Cualquiera que esté mezclado con las realidades de la política sabe demasiado bien que si se alía con los hombres honorables, y combate á los canallas, no deberá tener en cuenta ninguna de las distinciones religiosas ó étnicas.

New-York sería una excelente ciudad si una buena parte de los que han nacido en su suelo fueran capaces de elevarse al nivel de muchos de los que han nacido fuera. Los dos hombres que más han hecho para dotar á Brooklyn de un buen municipio fueron dos alcaldes; uno alemán, el otro americano. Los más calurosos y desinteresados de entre mis amigos políticos, los que me han sostenido en la ciudad, mis más fieles aliados en la legislatura del Estado eran tantos de origen alemán é irlandés como puramente americano, mas los unos y los otros eran americanos de verdad. Ninguna ciudad podría presentar representantes más leales, más íntegros en su devoción á las públicas prosperidades, devoción de la que han sido mal recompensados, por cierto.

De los cuatro últimos alcaldes que tuvo New-York dos de ellos eran americanos, y los otros dos irlandeses, y, sin embargo, no hubiese podido nadie trazar entre ellos una línea de demarcación política que diera por resultado, de una parte, un irlandés y un americano; de la otra, un americano y un irlandés.

En una palabra: la lección más importante que la

historia de New-York enseña, es una lección de americanismo, y es que cualquiera que entre nosotros desee conquistar honor y desempeñar su papel honorable y virilmente, debe ser americano de espíritu y de intención, en su pensamiento y en sus actos.

Presidente: TEODORO ROOSEVELT.

Sagamore Hill, Noviembre de 1890.